

La piedra de Inma la Magnánima

Inmaculada Rodríguez Cunill

Universidad de Sevilla

¿No será amarnos en ella a nosotros mismos, a todo lo que fuimos y recordamos? Puede que esto sea verdad, pero es una verdad que no va sola, ya que de esa ciudad amamos también lo que no llegamos a vivir, lo que nos antecedió. Y tenemos también –nada infrecuente– el caso del enamorado tardío, el que llegó, vio y quedó enganchado por los encantos a la ciudad que no fue la suya pero que va a serlo”.

—Fernando Quiñones

-¿Cuándo vas a dejar el móvil?- dijo Sole tras apurar el último trago de su cerveza.

-Ya te lo he dicho, Sole: Cada vez que vengo a Cádiz, tengo que pasear por la Laja de la playa de La Caleta. Algo me empuja a acercarme a esa zona llena de piedras que solo asoman a la luz cuando hay marea baja. Por eso tengo que mirar en Google las tablas de mareas en Cádiz, no vaya a ser que vaya allí y me encuentre sin poder dar un paso. Y cuando consigo andar sobre las rocas, algo me transforma. Tengo la sensación de que mis pisadas se ajustan a la de un comerciante fenicio cargado de quemaperfumes y vajilla griega. Otras veces me siento más voluptuosa, y me atraviesa el espíritu de una de las sacerdotisas del Templo de Astarté- me levanté de la mesa con un obsceno movimiento de caderas como si la diosa Astarté anduviera por ahí-. Toda lujuriosa, pero religiosa. Líame un cigarrillo, anda.

-A este paso nunca vamos a llegar a la playa. ¡Flacaaaaa!-gritó Sole- ¡Ven pacáaaaaa!

Y la perra cogió la carrera bordeando la terraza del bar hasta llegar a nuestra mesa, mientras hacíamos el intento de ponernos en marcha. Nos colocamos las mascarillas. Sole hizo el intento de pagar.

-No, no, pago yo. Con esta moneda fenicia de 2 euros.

-Jaaaa.

No pasamos por el hotel. Nos fuimos directamente a la Caleta. Ese día echamos toda la tarde en La Laja, así que dio tiempo a que la marea bajara. Fue entonces cuando empezamos a perseguir gaviotas y chorlitejos que nos rondaban por las rocas, picoteando y atiborrándose de líquenes, cangrejos, ortiguillas y diminutos camarones en las pozas que

aún quedaban llenas de agua. Una gaviota se empeñaba obsesivamente en picotear una esquina de roca con un ángulo recto, y allí me acerqué a espantar al bicho.

Así descubrí la piedra – mi piedra. Estaba medio enterrada en la arena, de modo que sólo veía un lado con lo que parecían dos de sus esquinas.

Sus límites eran rectilíneos, así que debía haber sido hecha por mano humana. Parecía cuadrada, al menos por el lado que veía, y medía unos 50 cm. de lado. Me puse a escarbar alrededor y por encima. Ya se había hecho de noche. La luna rielaba en las pozas que se formaban en las rocas.



Escarbé con el dedo y... efectivamente... unas llagas formaban los ejes de simetría que dividían la pieza en cuatro cuadrados. En cada cuadrado había una forma que parecía jeroglífica. Muy erosionada y llena de arena, líquenes y fango, eso sí. Sole se acercó y me ayudó a escarbar. Yo hice algunas fotos. Nos fuimos.

Miré esa noche en Google qué había que hacer si se encontraban restos arqueológicos. Había que llamar al 091 (Policía) o al 062 (Guardia Civil) en 24 horas desde que se producía el descubrimiento. Así que telefoneé a la policía, pero me dijeron que llamara al día siguiente. Seguí leyendo de Google: “No deberíamos modificar el entorno donde está”. Eso no me preocupaba, porque precisamente, la marea hacía que continuamente cambiara la arena que rodeaba a la losa.

Al día siguiente volví a ponerme en contacto con la policía.

-Mire, señora, tenemos a casi todos los efectivos de este distrito haciendo guardia en las playas de Santa María y de la Caleta.

-Pues no he visto a ninguno de ellos en La Caleta- contesté.

-Bueno, pues acérquese a la comisaría de El Pirulí.

-¿Esa es la que está frente a la playa de Santa María?

-Sí.

Así que cogimos el coche pensando que, ya que estábamos de vacaciones, después visitaríamos otra de las zonas costeras de Cádiz.

Como estaba prohibida la entrada a los animales domésticos, Sole se quedó con la Flaca en la puerta de la comisaría, pero con el ojo puesto en la sala interior, donde aguardaba una decena de personas. Me acerqué a la mujer policía de la ventanilla.

-Buenas tardes. Ayer estuve en La Laja y me encontré una roca que puede ser un resto arqueológico.

La mujer policía me miraba extrañada tras los cristales. Continué:

-Les llamé anoche y hoy por la mañana, pero finalmente me dijeron que viniera aquí.

Con un gesto me indicó que esperara sentada en uno de los laterales y telefoneó a un compañero sin salirse de su cubículo. Me senté en la silla más cercana a la entrada, para seguir entretenida con la conversación de Sole. A los pocos minutos apareció un policía corpulento y con el pelo sudado que le preguntó a su compañera:

-¿Quién es?

La mujer policía me señaló entre quienes aguardaban en la sala. Los dos se acercaron hacia mí, y el policía me espetó:

-¿Tiene usted alguna dolencia psiquiátrica? ¿Está usted en tratamiento?

Cómo le iba a decir a un desconocido que tomaba ansiolíticos y antidepresivos. Lo negué rotundamente, mientras escuchaba a Sole diciendo desde la puerta “no digas nada, no digas nada”.

-¿Y cómo sabe usted que es un resto arqueológico?- continuó el policía.

-Bueno, soy doctora en Bellas Artes. No soy arqueóloga, pero es fácil deducir que la piedra que he fotografiado está hecha por manos humanas. He mirado en Google qué tenía que hacer y ... espere, que le enseñe las fotos. Las tengo en el móvil.

Como en una coreografía, ambos agentes hicieron un gesto de rechazo moviendo las manos abiertas, con las palmas hacia mí y diciendo:

-No, no. Llame usted a Patrimonio.

Así que nos fuimos de allí sin nada resuelto. Con la pandemia, tenía su lógica que los agentes no me hicieran caso, pero al menos podíamos pasar unas horas en la playa de Santa María hasta que atardeciera.

Allí echada en la arena no dejaba de darle vueltas al asunto. Bueno, estaba haciendo lo que una buena ciudadana hace. Obedecía a Google: “Haz las fotos que consideres oportunas para documentar el hallazgo tal y como te lo encontraste”.

Consulté con un amigo que estaba especializado en piezas arqueológicas del recinto de Itálica, en Sevilla. Al ver las imágenes de mi móvil, me dijo:

“Humm, es muy interesante. Por lo que veo al ampliar la imagen (no se ve muy bien de cerca), parecen jeroglíficos... y ya sabemos la vinculación de Cádiz con Egipto, como lo demuestran los templos de Isis y algunas necrópolis. Habría que preguntarse por qué no hay más, por qué está suelto o aislado, o qué tamaño tiene (aunque con las pisadas de al lado podría tener entre 35 y 45 cm). Podría pertenecer a una necrópolis cercana o ser algún tipo de molde de sillares. Y otro detalle a tener en cuenta: desde que se graban series y pelis, suelen aparecer partes de los decorados por playas, como sucedió con *Piratas del Caribe* cuando encontraron parte de un barco y creían que era una sirena...¡jeje! “.

A la mañana siguiente, Sole sacaba a pasear a la Flaca por la misma zona de la Laja. Allí coincidían varias personas que deambulaban con sus perros para que los animales se

desfogaran. Una de ellas era Beba, la dueña de la perra Filomena. Beba era submarinista especializada en arqueología subacuática, y le dijo a Sole que la piedra no tenía ningún valor. Pero yo prefería quedarme con la versión del arqueólogo de Itálica.

Cada vez que volvía a la Laja con la marea vacía me acercaba a la piedra. Algunas noches no se me quitaba el olor a algas de las uñas, de tanto horadar en esos bultos irregulares que parecían jeroglíficos. Para mí, era mi piedra, la piedra de Inma. Una piedra única, descubierta por mí a la evidencia de todas las mareas bajas, pero sumergida y cubierta parcialmente de arena según el crecimiento o decrecimiento del pequeño arenal que es La Laja. Es el sitio donde marisqueé tantas veces de niña, donde tengo mis orígenes y donde me gustaría, aunque no esté permitido, que esparcieran mis cenizas. Por desear, que no quede.

Pasó poco menos de una semana y me vinieron a visitar unos amigos de Sevilla que tenían un colega cordobés que vivía en Cádiz. El cordobés era todo un personaje. Estentóreo, disfrutón, parlanchín... y era parroquiano de la Peña la Estrella. Allí fuimos. Con sus bromitas y cachondeos, los gaditanos nos estaban chuleando -con guasa, como se hace en Cádiz-, con que éramos de Sevilla, continuando con la tradicional disputa milenaria entre dos capitales de Andalucía.

- ¿De Sevilla? Sí, anda... si yo tengo hasta una piedra mía en la Caleta-le dije-: La piedra de Inma la Magnánima, esa buena ciudadana, ja, ja. Mira, mira, te la voy a enseñar.

Y mientras sacaba mi móvil le pregunté:

-¿Tú cómo te llamas?

-Paco el de las Barcas. Yo tengo una barca en la Caleta y me conozco todas las rocas...

Le interrumpí:

-Mira

Y le mostré mi móvil con las fotos de mi piedra.

-Pero esto no es ..., musitó Paco el de las Barcas.

Yo sé a qué se refería: no era una roca como el mapa de las rocas de la Caleta, que está bien documentado.

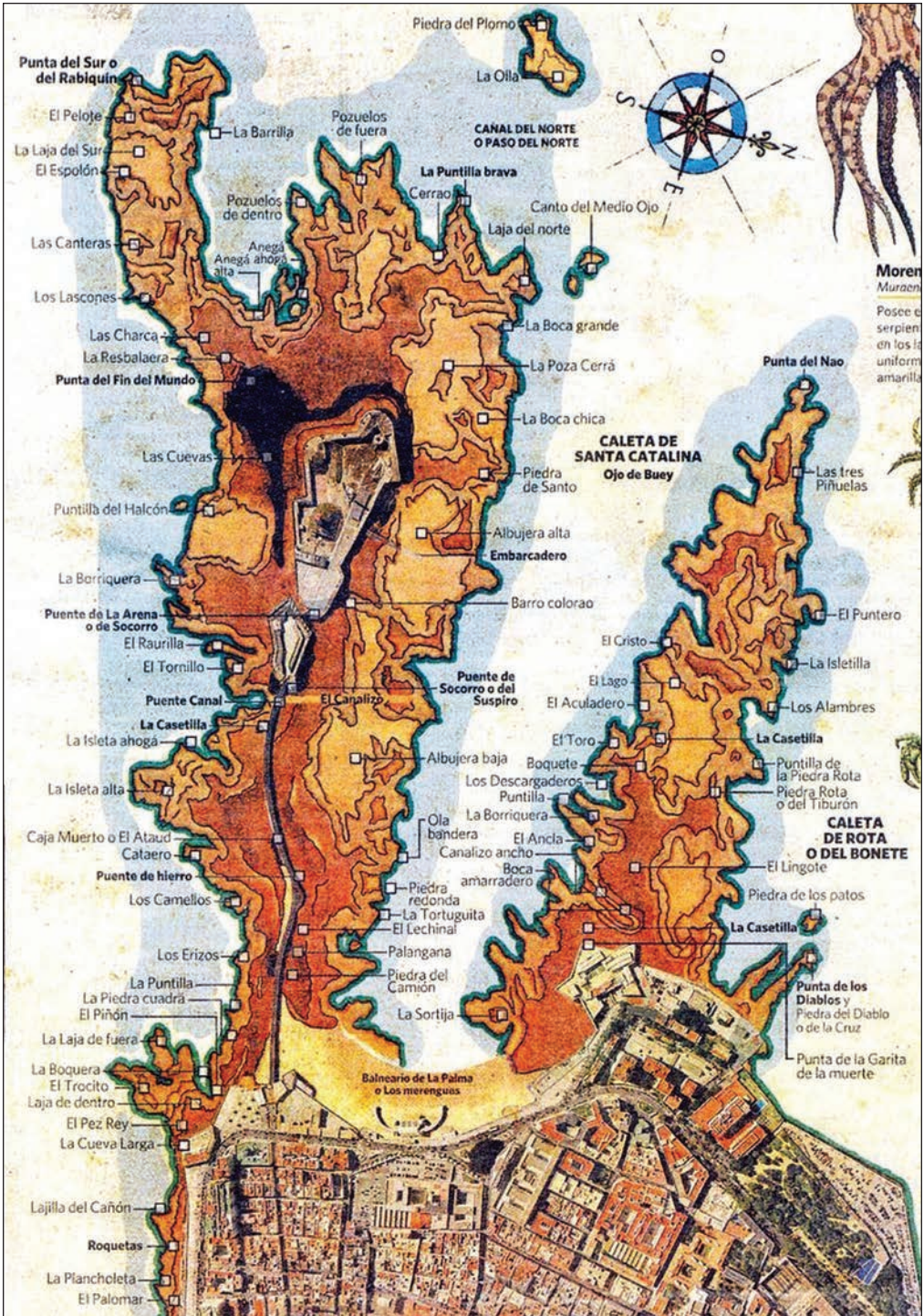
-¿Dónde está esto?

Y revisamos unas cuantas fotos más. Tenía interés en saber su ubicación exacta, pero eran fotos en su mayor parte nocturnas y me hizo ampliar varias imágenes para ver las rocas y el muro del fondo. Estaba buscando donde ubicar mi piedra...

-Esa piedra me la llevo yo-sentenció Paco el de las Barcas.

Aunque seguí la conversación como si fuera un comentario más, he de reconocer que se me disparó una alarma, y desde ese justo momento y a lo largo de toda la tarde se me venía a la cabeza la imagen de la piedra. Esa misma noche, cuando calculé que la marea hubiera bajado lo suficiente, saqué de mi estudio el transportín más grande que tenía, una espátula oxidada, una caja de cartón y una bolsa grande de plástico. Me olvidé de la Policía, y hasta de la lluvia que estaba azotando con un viento de muerte en medio del espigón, hasta llegar a la segunda Laja, el lugar más accesible para llevarnos la piedra en el carro.

Menos mal que fuimos abrigadas. Vaya nochecita. A la altura del muro se refugiaron Sole y la Flaca, mientras que yo me fui con mi espátula a la piedra. Aún tenía que bajar un poco más la marea para que mis esfuerzos fueran efectivos, pero allá que estuve quitando



los sobrantes de arena, creando canales para facilitar que saliera el agua que se estancaba... Paré para fumarme un cigarrito y me refugié en el muro. Cuando lo acabé, Sole se dispuso a ayudarme a sacar la piedra. Tras repetidos intentos, más limpieza de arena de este lado o del otro, otro empujón más, venga... salió la forzada que Sole tiene dentro de su escuálido cuerpo, acerté con el punto de apoyo necesario, y... zas: por fin conseguimos que la piedra se diera la vuelta.



Resultaba que por abajo no era lisa, sino que tenía medio cilindro de argamasa que se ajustaba a los filos de la losa, con un pequeño hueco, como si hubiera formado parte de un ensamblaje para una arquitectura. El esfuerzo había sido tan grande que ya paré en mi empeño: era imposible llevarnos esa masa. Podría pesar 120 kilos y el carro era claramente insuficiente para transportar. Bueno, ahí quedaba, bocabajo, para que Paco el de las Barcas no la pudiera reconocer si le daba por buscarla para llevársela.

Muchas veces imagino que entro en el espigón con mi Renault Kangoo a las cuatro de la mañana, con la marea baja, que paro el coche y un conjunto de forzudos se me llevan mi piedra a donde yo quiera. El problema es que no tengo jardín donde ponerla, ni espacio dentro de mi piso de 40 metros. Sería la primera pieza de un proyecto de jardín por ahora inexistente.

En otras ocasiones me imagino lavándola en la placa-ducha, mientras el agua le dice a los líquenes que se vayan ya de los huequecillos de los jeroglíficos. Lo imagino con placer. Mi piedra.

Sole me chuleó el otro día y decía que por 1000 euros me llevaba la piedra donde yo quisiera. Le regateé hasta 500 y dijo 'venga', pero así quedó la cosa. En ruido de bar.

Tengo curiosidad, la próxima vez que vuelva a Cádiz, por ver dónde está la piedra de Inma la Magnánima.

INMA LA MAGNÁNIMA



"AMAR a una ciudad... ¿qué es amar a una ciudad? ¿No será amarnos en ella a nosotros mismos, a todo lo que fuimos y recordamos? Puede que esto sea verdad, pero es una verdad que no va sola, ya que de esa ciudad amamos también lo que no llegamos a vivir, lo que nos antecedió. Y tenemos también -nada infrecuente- el caso del enamorado tardío, el que llegó, vio y quedó enganchado por los encantos a la ciudad que no fue la suya pero que va a serlo".

Fernando Quiñones,

Miña de 21 de noviembre de 1992

Bajo el padrinazgo de los Amigos de Quiñones y en La Caleta de Cádiz,

D. /Dña.: *Inma Rodríguez Quill*

recibió estas aguas saladas como símbolo del espíritu quiñonesco, de la mojarra, el levante y de sus puestas de Sol,

el día *4* de *Ago* de *2020*

Sirviendo el presente documento como fedatario de su conversión en recepción del testigo para los actos culturales y gaditanos que se celebran en nombre del legado de Fernando Quiñones.



NIF **G72244171** Sello
Castillo Santa Catalina, Celda 2
Cádiz 11002
amigosdequiones.com

Fe de bautismo caletero de Inma la Magnánima

El cierre perimetral de las provincias por la pandemia de la covid me impidió volver a Cádiz durante meses. De aquellos días de fines de verano a Navidades, a veces sentía la incertidumbre de qué habría pasado con la piedra. Hasta diciembre el gobierno no permitió el movimiento entre provincias. Una fría tarde previa a la Nochebuena volvimos a Cádiz Sole, la Flaca y yo. Al día siguiente me desperté bien temprano para ir en busca de mi piedra. No estaba. Se la habría llevado Paco el de las Barcas, seguro. Todos mis sueños perdidos.

Ya entrado el año 2021, y antes de volvernos de las vacaciones en Cádiz, fuimos las tres a pasear por La Laja. Nos sentamos justo enfrente del hueco donde había encontrado la piedra y estuve un buen rato mirando al horizonte. Entonces percibí más lejos una forma cuadrangular. Su diseño se parecía al de mi piedra, pero no era la misma, porque estuve comprobando las fotos que tomé al final del verano.



Me entró de nuevo el gusanillo de mis aficiones arqueológicas, buscando cualquier ángulo recto que apareciera entre las rocas. Y así encontré cuatro piezas parecidas. Ninguna correspondía a mi piedra, pero esos restos me indicaron que sí, que era posible que yo permaneciera, para siempre, entre las huellas de las civilizaciones que se habían establecido en Cádiz: fenicios, púnicos, romanos... Y en mi mente reelaboré con los restos hallados aquel templo al que pertenecieron. Pero ya no era de dioses fenicios como Astarté o Kronion, sino esta vez de Inma la Magnánima, para quedarme para siempre en la playa de la Caleta.

